

# ALVARO DEL PORTILLO

## Presidente General del Opus Dei



Una foto actual de don Alvaro del Portillo junto a otra con uniforme de ingeniero.

**A**l conocer la noticia del nombramiento de don Alvaro del Portillo como Presidente General del Opus Dei, sucediendo al Fundador, Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, sanamente fallecido, ha venido en seguida a mi mente un punto de «Camino»:

«Tu talento, tu simpatía, tus condiciones... se pierden: no te dejan aprovecharlas. Piensa bien estas palabras de un autor espiritual: "No se pierde el incienso que se ofrece a Dios. Más honrado es el Señor con el abatimiento de tus talen-

tos que con el vano uso de ellos"» (número 684).

Si, siguiendo la costumbre de algunos entrevistadores actuales, quisiera resumir en una palabra lo que el nombre de don Alvaro me sugiere, contestaría rápidamente: **Fidelidad**. Fidelidad a Dios, fidelidad al Fundador de la Obra.

### **Familia y estudios**

Alvaro del Portillo y Díez de Sollano nació en Madrid, el 11 de marzo de 1914, en una familia con hondas raíces en Santander y en

las Encartaciones de Vizcaya. Fue el tercero de ocho hermanos y, como todos ellos, recibió una formación cristiana, vivida día a día con el buen ejemplo de sus padres.

En el Colegio del Pilar, de los Marianistas, en Madrid, donde cursa sus estudios, continúa su formación intelectual y cristiana.

Se iban perfilando ya los rasgos del carácter de don Alvaro. Destaca la claridad de su inteligencia, que le ha permitido profundizar en los más variados campos de la ciencia: desde las Matemáticas a la Historia, pasando por el Derecho. Le han ayudado en esa tarea una

memoria muy precisa y una gran constancia y orden en su forma de trabajar.

Al mismo tiempo, basta conocer a don Alvaro para darse cuenta inmediatamente de su gran corazón, de su capacidad de cariño por las personas y de su entusiasmo —hasta la emoción, que llega incluso a exteriorizarse a veces en lágrimas— por todos los ideales nobles y buenos.

Todo ello unido a una gran serenidad de ánimo y a un encantador sentido del humor, que sabe hacer compatibles con la energía y la autoridad cuando resultan necesarias.

Se decidió a acometer los estudios quizá más difíciles en aquellos años de la vida española: los de Ingeniería superior, en cuyas Escuelas se hacían unos durísimos exámenes de ingreso. Del Portillo se presentó simultáneamente en los de la Escuela de Ingenieros de Caminos y en los de la Escuela de Ingenieros de Minas. Con rapidez aprobó ambos ingresos y optó por seguir la carrera de Caminos. En su deseo de contar cuanto antes con una experiencia profesional, estudió simultáneamente la carrera —más breve— de ingeniero técnico de Obras Públicas.

Todo parecía conducir a Alvaro del Portillo a ocupar un puesto brillante en la sociedad española.

Pero Dios tenía otros planes.

### El Opus Dei

En 1935, aquel joven de diecinueve años conoció a un sacerdote que, desde 1926, venía realizando una intensa labor apostólica en Madrid. Se llamaba don Josemaría Escrivá de Balaguer, y empujado por Dios, había fundado, el 2 de octubre de 1928, el Opus Dei. Y el Padre, como le llamaban los que le trataban más íntimamente, desplegó ante Alvaro del Portillo el panorama de esa sobrenatural e inmensa empresa de apostolado que el Señor le había empujado a sacar adelante. Se trataba de hacer comprender a todos los cristianos que a todos llama el Señor a la santidad.

En un pequeño libro que el Padre había hecho imprimir en 1934, en Cuenca, bajo el título de «Consideraciones espirituales», y luego se convertiría en *Camino*, se insistía en la llamada universal a la santidad, reiterando en muchos lugares la idea que uno de los puntos de *Camino* resume así:

«Tienes obligación de santificarte. Tú también. ¿Quién piensa que esta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: "Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto"» (núm. 291).

No se trataba de una tarea limitada a las difíciles circunstancias de España en aquellos años, sino dirigida a gentes de todas las razas y de todos los tiempos.

Se trataba de enseñar el valor del trabajo ordinario santificante y santificador.

Pero, ¿y los medios? La respuesta del Padre era inmediata: El Crucifijo y el Evangelio. O más brevemente aún: Cristo. Porque la enorme fuerza de aquel sencillo sacerdote aragonés radicaba en su unión con Cristo; una unión plena, vital, que hacía que todo el que le conocía sintiera en sus entrañas la realidad de ese otro punto de *Camino*:

«Enciende tu fe. No es Cristo una figura que pasó. No es un recuerdo que se pierde en la historia. ¡Vive! "Jesus Christus heri et hodie: ipse et in saecula!" —dice San Pablo—, ¡Jesucristo ayer, y hoy, y siempre!» (núm. 584).

Pero Cristo, para sacar adelante la Obra, necesitaba apoyarse en un grupo de hombres y de mujeres que le entregaran su corazón y su vida y se dedicasen plenamente a esa tarea.

Alvaro del Portillo vio que Cristo le pedía a él «eso»: todo su ser, y no dudó en entregárselo. El 7 de julio de 1935 entraba a formar parte del Opus Dei.

En esa fecha, el Fundador de la Obra contaba ya con un pequeño grupo de hombres



Desde hace años, Monseñor Escrivá de Balaguer solía dirigirse a don Alvaro del Portillo diciéndole: "Alvaro, tú, que me has ayudado tanto, ayúdame también a dar la bendición".

entregados. Algunos eran estudiantes, que, conscientes de su obligación de tener una sólida formación profesional, dedicaban, junto a la vida de piedad y el apostolado, muchas horas al estudio. Otros eran ya profesionales: arquitectos, ingenieros, artistas, obreros, que ejercían su profesión con competencia y ejemplaridad, como exigía su vocación de cristianos que quieren santificarse a través del trabajo ordinario.

Todo este grupo recibió la formación directamente del Padre, que iba levantando en ellos esa tercera dimensión —con peso y volumen— que es la visión sobrenatural: contemplar todas las cosas de la tierra nuestra a la luz de Dios. Les hacía vivir las escenas del Evangelio, y para enseñarles a amar la Cruz, hacía que le acompañasen en la tarea silenciosa que, desde hace años, desarrollaba en los ambientes de mayor miseria de Madrid: en las barriadas más pobres, en los hospitales de infelices, en las catequesis con niños de los suburbios...

Alvaro del Portillo asimilaba con avidez, como tierra sedienta, todo ese caudal de doctrina vivificante. Y sabía encontrar tiempo para realizar con intensidad sus estudios de ingeniero, recibir su formación en la Obra y llevar a cabo un amplio apostolado personal que contribuyó eficazmente a hacer crecer ese grupo de los primeros.

Pero todavía quería el Señor más de él. Cuando llevaba aún poco tiempo en la Obra, le hizo descubrir que el Fundador, además de ese grupo de hombres y mujeres que, con su entrega, iban haciendo realidad en sus vidas los ideales de la naciente Asociación, necesitaba también de alguien en quien pudiera apoyarse más directamente en la tarea de gobernar esa familia que ya se hacía numerosa. Era una tarea humilde, que exigía identificarse con el lema que Monseñor Escrivá tuvo desde el principio: «Lo mío es ocultarme y desaparecer; que sólo Jesús se luzca».

Responder a esa llamada suponía un nuevo esfuerzo para Alvaro del Portillo. Exigía sacar tiempo para las actividades que ya llevaba y, además, encontrar nuevas horas para ayudar al Padre en esa silenciosa tarea de gobierno, sin brillo ninguno, y para servirle de apoyo y desahogo cuando la carga que el Señor había puesto sobre sus espaldas pudiera abrumarle.

Pero el Amor de Dios, que había ya inundado

el corazón del estudiante de ingeniero, agudizaba el ingenio para —con una gran serenidad— encontrar el tiempo necesario para todo.

Alvaro del Portillo comprendió que su vida ya no podía tener otro sentido que el de ayudar al Padre a sacar adelante la Obra.

### La etapa de la expansión

Pasó la guerra civil, y Alvaro del Portillo terminó su carrera de ingeniero superior —antes había terminado la de ingeniero técnico—, y comenzó a ejercer la profesión; pero encontraba siempre tiempo para seguir muy unido al Padre, acompañándole en la tarea de gobierno y en los continuos viajes por España y Portugal, encendiendo por toda la Península los corazones de muchos universitarios y trabajadores jóvenes que iban incorporándose a la Obra.

El mundo entero estaba sacudido por la guerra mundial, pero el corazón de Monseñor Escrivá percibía ya la expansión de sus ideales por toda la Tierra. La Obra tenía entraña universal, y cuanto antes había que desplazar su centro a Roma, junto al Papa, que, con Cristo y María, constituían los grandes amores del Fundador.

Alvaro del Portillo supo comprender la tarea inmensa que se acercaba y lo que el Señor le iba a pedir: ayudar al Padre a pasar a través de las montañas, por donde no había caminos, superando continuos obstáculos: la persecución de los buenos, la falta de un camino jurídico adecuado, las dificultades para crear ese mínimo de organización flexible que el crecimiento de la Obra iba a exigir...

De acuerdo con el espíritu de la Obra, dada su formación unas dimensiones aún mayores, poniendo todos los medios humanos para conseguirlo. Con la ayuda de profesores muy selectos estudió profundamente la Sagrada Teología y el Derecho Canónico. Para completar su formación humanística cursó la carrera de Filosofía y Letras, en su rama de Historia, que terminó con premio extraordinario en Doctorado con una tesis —publicada después— sobre «Descubrimientos y exploraciones en las costas de California».

Todo ello sin abandonar ninguna de las tareas que antes llevaba entre manos y marchando incluso a Roma en 1943, todavía en plena guerra mundial, para tratar allí del posible cauce jurídico en el que el Opus Dei pudiera realizar su misión a escala universal. Hasta



Don Alvaro del Portillo con un grupo de asociadas del Opus Dei de diversos países, en Roma.

ese momento la Obra contaba con el apoyo total del obispo de Madrid, el doctor Eijo y Garay, y de todos los obispos de los lugares en los que trabajaban sus socios.

Pero para que Dios y el Fundador de la Obra tuvieran en Alvaro del Portillo el instrumento plenamente adecuado para apoyarse en él en esta etapa fundacional, faltaba, en su caso, su último escalón: el sacerdocio, que en el Opus Dei no es ninguna meta —la vocación laical es plena y la casi totalidad de los socios son laicos—, sino un servicio a todos sus socios, proporcionando la atención sacramental y doctrinal necesaria y sirviendo de lazo de unión entre las dos Secciones —la de Hombres y la de Mujeres— que, con separación total, siguen un mismo espíritu y buscan los mismos fines.

El 25 de junio de 1944, Alvaro del Portillo recibió en Madrid, junto con otros dos socios del Opus Dei —José María Hernández de Garay y José Luis Múzquiz—, la ordenación sacerdotal. El instrumento estaba a punto.

### La marcha a Roma

Terminada la guerra mundial, en 1946, pocos meses antes de que lo hiciera el Fundador, marchó don Alvaro del Portillo a establecerse definitivamente en Roma. Comenzaron unos años de tarea callada, pero cuando se conoce todo lo que el Fundador de la Obra fue realizando en esos años con la ayuda fiel de don Alvaro, parece imposible que dos hombres, apenas llegados a un país nuevo, pudieran desarrollar una labor tan gigantesca.

En primer lugar, consiguieron abrir en Derecho Canónico nuevos cauces por los que pudiera caminar esa nueva criatura, el Opus Dei, que le había nacido a la Iglesia, pero que, en opinión de los más benévolo, llegaba con un siglo de anticipación. Don Alvaro hizo en Roma su doctorado en Derecho Canónico con la máxima calificación y pudo unir así su formación jurídica a esa clara mente de hombre de Derecho que era Monseñor Escrivá de Balaguer. Y en 1950, bajo el Pontificado de Pío XII, la Obra recibió su aprobación definitiva.

Al mismo tiempo, comenzaron la labor apostólica en Italia, de donde, en 1947, fue nombrado primer Consiliario don Alvaro del Portillo. El y el Fundador eran entonces los dos únicos sacerdotes del Opus Dei en Italia, y tenían que alcanzar a atender espiritualmente a los cien-

tos —luego miles— de almas que en Roma, Milán, Turín, Bari, Génova, Nápoles, etcétera, se iban acercando a la Obra, y entre las que fueron surgiendo abundantes vocaciones.

Mientras tanto, terminada ya la guerra mundial, el Opus Dei había comenzado a extenderse por todo el mundo: Irlanda, Francia, Alemania, Inglaterra, México, Estados Unidos, Argentina...

El Señor bendijo el esfuerzo con vocaciones abundantes, y, previsiblemente, Monseñor Escrivá de Balaguer creó, en 1948, en Roma, el Colegio Romano de la Santa Cruz, un centro internacional para completar la formación teológica y canónica de una parte de los socios de la Obra de todo el mundo, que llegan allí una vez terminada su carrera o tras años de ejercicio de la profesión. Una vez más, para que esa tarea de formación fuese un fiel reflejo de su espíritu, el Fundador de la Obra echó mano de don Alvaro, le nombra el Primer Rector para poner en marcha ese centro del que ya han salido con su formación completa miles de socios.

Todo lo anterior se realizaba sin dejar de acompañar un solo instante al Fundador de la Obra en su tarea diaria, silenciosa, pero llena de eficacia, de gobernar la Asociación, que se iba extendiendo por todo el mundo, abriéndose paso en medio de incomprensiones y dificultades que terminaban por confluír hacia la persona del Fundador, al que don Alvaro supo defender y proteger de tantos injustos ataques de personas a las que, precisamente por su incomprensión, amó Monseñor Escrivá de Balaguer muy especialmente.

### Al servicio del Papa

En aquellos años de conversaciones con la Santa Sede, a partir de 1946, para encontrar el cauce jurídico apropiado para la Obra, que culminó en la aprobación definitiva de 1950, muchos altos eclesiásticos de la Curia Romana tuvieron ocasión de conocer a don Alvaro, y al tratarle, se percataron del conjunto de cualidades variadísimas que en él se unían con la mayor naturalidad. Como si no fuera suficiente con todo lo que el Señor le había exigido hasta entonces, empezó a pedirle, a través de esos altos eclesiásticos, primero, y después del mismo Papa, una colaboración, cada vez más asidua y continuada, en los temas de gobierno de la Iglesia.

Al poco tiempo de llegar a Roma, en pleno

Pontificado de Pío XII, comenzó a recibir encargos de informes doctrinales y jurídicos para diversas Congregaciones de la Santa Sede. De una de ellas, la Sagrada Congregación de Religiosos, fue nombrado consultor.

En la fase preparatoria del Concilio Vaticano II, convocado por Su Santidad Juan XXIII, esos trabajos se intensificaron, puesto que, además de presidir la Comisión Antepreparatoria de Laicos y de formar parte de otras Comisiones, fue nombrado entre los cien primeros peritos conciliares.

Durante el Concilio, fue consultor de varias Comisiones Conciliares y secretario de una de ellas: la del Clero y del Pueblo Cristiano. Además, Juan XXIII le nombró cualificador de la Congregación del Santo Oficio, consultor de la Sagrada Congregación para el Clero y consultor de la recién creada Comisión para la Revisión del Código de Derecho Canónico.

Pablo VI le nombró consultor de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe y le confirmó en sus cargos anteriores, en todos los cuales siguió desarrollando un intensa actividad.

### Fidelidad

Una vez más se han hecho realidad las palabras de Cristo en el Evangelio: «Si el grano de trigo no muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn XII, 24).

Don Alvaro del Portillo fue siempre fiel a las exigencias —cada vez mayores— que Dios, a través del Fundador de la Obra, le fue haciendo. Supo renunciar a todas sus aspiraciones personales y puso todos los medios humanos y sobrenaturales para que los talentos que Dios le había concedido abundantemente hicieran de él el instrumento preciso para secundar fidelísimamente toda la inmensa tarea al servicio de las almas hecha por el Fundador del Opus Dei. En compensación, además de las gracias abundantes del cielo, ha tenido, sin duda, la enorme gracia de recibir la confianza y las más íntimas confidencias de ese gran santo que ha sido Monseñor Escrivá de Balaguer, al que ha acompañado hasta el instante de su muerte.

En los últimos años de su vida ha sido el mismo Padre el que ha querido que esa fidelidad de don Alvaro y esa confianza suya hacia él aparecieran de forma evidente. En esa catequesis incansable que el Fundador de la Obra ha realizado con cientos de miles de personas en sus viajes desde 1970 a 1975 por México, España, Portugal, Brasil, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Venezuela y Centroamérica, siempre se ha visto a don Alvaro a su lado, sonriente, las más de las veces emocionado, con los ojos visiblemente llorosos, contemplando ese espectáculo maravilloso del Padre volcando su corazón, incendiado por el fuego de Cristo, en las almas de las multitudes que le escuchaban y el cariño de esos cientos de miles de personas que, sólo con la mirada, querían agradecerle al Padre ese regalo sencillo, pero profundísimo, de descubrirles que «son divinos todos los caminos de la tierra».

Don Alvaro procuraba permanecer en un segundo término, pero todos podían percibir cómo le quería el Padre, cómo se apoyaba en él, cómo le exigía muchas veces que diera la bendición con él. En muchas ocasiones se oyeron de sus labios palabras como éstas: «Como un buen hijo, ha puesto en tantas ocasiones sus espaldas para aliviar el peso de la carga que el Señor me ha confiado; en los momentos difíciles he encontrado su paz, su alegría, su serenidad, que provenían de su fe en el Señor».

Monseñor Escrivá de Balaguer dijo muchas veces que cuando él muriera, en el Opus Dei no ocurriría nada. Así será, si duda. Ha dejado esculpido en piedra el espíritu de la Obra. Ahora, sus hijos han elegido para sucederle al que, por designio divino, supo serle más fiel, hasta identificarse plenamente con él. El Padre seguirá ayudando incesantemente a la Obra desde el cielo, pero, además, tiene un fiel sucesor en la tierra.